

Signo y negatividad: una revolución saussuriana

François Rastier
Centre National de la Recherche Scientifique

Traducción de Verónica Estay Stange

Las cosas existen no por sus determinaciones positivas, en ese caso, ellas no existen, sino por la multitud infinita de sus determinaciones negativas.

Raymond Queneau

Mientras que toda la tradición lógico-gramatical de Occidente conduce a ello, Saussure no encuentra el origen del habla en la lengua, razón por la cual él aspira explícitamente a una *lingüística del habla*.¹ Más aún, él se rehúsa a atribuir el origen del habla a una instancia incondicionada, es decir, absoluta, y se separa decisivamente de la filosofía del lenguaje.

Saussure problematiza la oposición entre relaciones lingüísticas *in praesentia*, fundadas sobre la compatibilidad, y las relaciones *in absentia*, fundadas sobre la incompatibilidad. Ciertamente, los autores del *CLG* no retienen más que las relaciones llamadas *asociativas*, fundadas sobre una similitud parcial,

¹ Ciertamente, Bally y Séchehaye no retuvieron nada de esto en la edición del *Curso*, aunque Bally desarrolló enseguida el proyecto de tal lingüística. Ésta pertenece a Saussure, como lo demuestra el primer capítulo de los *ELG*, intitulado *De la doble esencia del lenguaje*.

pero los ejemplos dados no son válidos sino para las combinaciones de morfemas en el seno de la lexía. Por ejemplo, *rehacer* está en relación asociativa con *deshacer*. Pero el propósito saussuriano parece aquí gravemente atenuado: lo que es constitutivo de la relación paradigmática, es precisamente la incompatibilidad.² En efecto, en un lugar dado de la cadena sintagmática, no se puede tener más que *rehacer* o *deshacer*. Las experiencias de los asociacionistas en el siglo pasado mostraron, por otra parte, que la relación de antonimia es fundamental, y las experiencias contemporáneas sobre el *priming* o atracción no han hecho más que confirmarlas.

Así, la ausencia como presencia negada (en términos lógicos) o inhibida (en términos psicológicos), permanece en el fundamento de la actividad del lenguaje, ya que toda enunciación supone en cada elección de un signo la exclusión de signos del mismo paradigma que podrían ocupar el mismo lugar. En efecto, la inhibición global condiciona y acompaña la activación local.

En lógica, esto supondría que la negación precede a la afirmación, o más precisamente, que la afirmación resulta de una suma de negaciones. En alética, la presencia podrá ser definida como una suma de ausencias rechazadas.

En la teoría de las zonas antrópicas, la zona distal es una zona del ámbito humano sin sustrato perceptivo inmediato:³ ésta es

² Saussure afirma, por ejemplo, en aplicación del “principio negativo que está en el fondo de la lengua”: “La lengua, por lo tanto, consiste en la correlación de dos series de hechos: 1º en que cada uno de ellos sólo consiste en oposiciones negativas o en *diferencias*, y no en términos que ofrezcan una negatividad en sí mismos, 2º en que cada uno no existe, en su propia negatividad, más que porque a cada instante una diferencia del primer orden viene a incorporarse a una diferencia del segundo, e inversamente”. *ELG*, I, § 24, p. 75 “...Los *diferentes términos* del lenguaje, en lugar de ser términos diferentes como las especies químicas, etcétera, no son más que *diferencias determinadas* entre términos que serían vacíos e indeterminados sin esas diferencias.” *ELG*, I, § 20a, p. 67. Ver igualmente la selección en los anexos.

³ Cf. Rastier, 1996b, 2001a. El nivel semiótico del ámbito humano se caracteriza por cuatro desenganches o rupturas de gran generalidad, y que parecen estar diversamente demostradas en todas las lenguas descritas tan bien que es

establecida y configurada por la actividad semiótica. La enunciación consiste entonces en pasar de lo distal ausente al signo proximal presente, por una inhibición que se denomina ordinariamente *actualización*. En otros términos, la elección de un signo, descrito como una activación, se acompaña de la inhibición de su antónimo y de los otros signos pertenecientes a la misma clase.

La selección paradigmática aclara, en el nivel del signo, un fenómeno más general, que debe relacionarse con la *percepción semántica* (cf. Rastier, 1991, cap. 8). Esta percepción jerarquiza tres tipos de construcciones: formas, fondos, y el segundo plano de las formas y de los fondos, es decir, los paradigmas de las otras formas y fondos concurrentes que unen la percepción presente al *corpus* de las experiencias lingüísticas pasadas.⁴

El proceso fundamental de selección paradigmática es característico de las lenguas humanas, por oposición a los lenguajes animales. Aquél está relacionado con la conquista de la ausencia por parte de nuestra especie, que podría denominarse la filogénesis de la zona distal.⁵ Su sustrato fisiológico parece estar relacionado con el desarrollo excepcional en el hombre del córtex prefrontal, donde precisamente, se trata la percepción de los objetos ausentes.

posible conferirles por hipótesis un alcance antropológico. (i) La ruptura *personal* opone al par interlocutivo YO/TÚ una tercera persona, que se define por su ausencia de la interlocución (aunque ella estuviera presente físicamente): ÉL, SE (impersonal), ESO. (ii) La ruptura local opone el par AQUÍ/ALLÍ a un tercer término, ALLÁ, o EN OTRO LADO, que tiene igualmente la propiedad definitoria de estar ausente del *hic et nunc*. (iii) La ruptura *temporal* opone el AHORA, el OTRO-RA, y el FUTURO PRÓXIMO al PASADO y al FUTURO. (iv) Finalmente, la ruptura *modal* opone lo CIERTO y lo PROBABLE a lo POSIBLE y a lo IRREAL.

Las posiciones homólogas sobre los ejes de la persona, del tiempo, del lugar y del modo, son con frecuencia combinadas o confundidas. Las homologías entre estas rupturas permiten distinguir tres zonas: una de coincidencia, la zona *identitaria*; una de adyacencia, la zona *proximal*; y una de extrañeza, la zona *distal*.

⁴ A diferencia de la percepción animal, la percepción humana, culturalizada, deja en cuanto tal un gran lugar a los procesos descendentes.

⁵ Cf. Rastier, 1996b.

1. La reconcepción del signo como pasaje

El kenoma y el sema asociativo: hacia un modelo contextual del signo

La necesaria reconcepción del signo puede apoyarse sobre este pasaje de Saussure: “(...) no se debe dividir y admitir por una parte la *palabra* y por otra su *significación*. Juntas constituyen un todo. —Sólo se puede constatar el kenoma \cap y el sema asociativo $\supset\subset$ ” (*ELG*, § Kenoma; la palabra *kenoma* —sin duda de *kénos*, vacío— rompe con la ontología de lo pleno que manifestaba la mónada semiótica; por *sema asociativo*, es conveniente entender aquí el signo lingüístico contextualmente definido).

Un nuevo recurso a la semiótica visual permitirá, tal vez, interpretar la forma gráfica de estas figuras. El *kenoma* (\cap) representa, desde una perspectiva onomasiológica (que va, pues, del significado al significante), el significado abierto hacia significantes indeterminados. Es posible notar, además, que la representación gráfica no indica separación alguna entre significante y significado: juntos “constituyen un todo”.

En cuanto al *sema asociativo* ($\supset\subset$), su figura se opone en todos los sentidos a la mónada del *CLG*. La distinción alto/bajo cede ante la oposición derecha/izquierda, que señala los contextos precedente y siguiente. Por otro lado, en ruptura con las formas redondas de la ontología identitaria de la tradición de Parménides, sus formas son cóncavas y no convexas, y traducen así gráficamente la ontología negativa de la diferencia. Estas dos cavidades se diferencian por su orientación espacio-temporal hacia lo anterior y hacia lo posterior —y ya no por la orientación alto/bajo, que figuraba entre las dos caras del signo saussuriano del vulgo, la diferencia ontológica entre materia y espíritu o entre lenguaje y pensamiento.

Precisaremos cómo este vacío ontológico y esta apertura permiten pasar del modelo lógico-gramatical del signo a la teoría textual de la interpretación. Conservaremos el término *kenoma*

para designar el signo así concebido, oponiéndolo implícitamente al *pleroma* de la mónada tradicional en semiótica.

Hacia un modelo textual del signo: el pasaje

A modo de conciliación, se podría sugerir que la *identidad* del signo queda definida por la relación alto/bajo de la semiosis clásica, que continúa siendo problemática puesto que está desprovista de univocidad; pero su *valor* —diferencial, tanto en el plano del significado como en el del significante— sigue determinado por su relación con los contextos derecho e izquierdo en los cuales aparece. Esta conciliación temporal no oblitera la necesidad de redefinir la unidad local según la problemática interpretativa —ya se trate de un signo, de una frase o, por ejemplo, de un párrafo.

En el plano del significante, el kenoma es un *pasaje* —entre dos blancos, si se trata de una cadena de caracteres; entre dos pausas o puntuaciones, si se trata, por ejemplo, de un período. Este pasaje puede remitir a las extensiones conexas, por ejemplo, por reglas de isofonía, de isotopía semántica o de concordancia de morfemas.

En el plano del significado, el signo es un *fragmento* que apunta hacia sus contextos izquierdo y derecho, próximo y lejano. Esto vale tanto para el semema como para el contenido del sintagma o del período. Es posible así sustituir la mónada semiótica apócrifa del CLG por esta figura del *pasaje*:

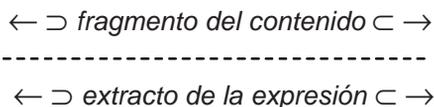


Figura 1: El pasaje

Distinguiremos la *incidencia* del extracto y el *alcance* del fragmento. Un extracto puede ser convencionalmente aislado, ya que las estructuras de la expresión proceden esencialmente de la mesolingüística. Por el contrario, un fragmento no puede serlo, ya que las estructuras del contenido son macrolingüísticas.⁶

Si mantenemos la intención de operar sobre unidades mínimas, observamos que la selección de un pasaje y, *a fortiori*, el aislamiento de un “signo” exigen dos operaciones: concebir la hipótesis de que a un extracto mínimo le corresponde un fragmento, de manera que sea posible aislarlos; luego, descontextualizándolos, asignarles una relación término a término entre significación y expresión que literalice la primera y fije la segunda.⁷

El concepto aparentemente anodino de *pasaje* continúa siendo uno de los más probados por la hermenéutica, como lo demuestra, por ejemplo, la teoría de los pasajes paralelos en Hillel el Viejo. Un pasaje supone una selección, y por consiguiente un punto de vista; establecidas por decisión de método, sus fronteras son, pues, relativas y naturalmente revisables. Así, las relaciones que lo caracterizan, una vez que se lo ha aislado, poseen una medida que varía con los propósitos mismos de la interpretación, en lo que concierne tanto al alcance como a la incidencia.

⁶ Se podría incluso sostener la paradoja de que un texto permanece como un fragmento en la medida en que apunta hacia un intertexto.

⁷ Así, la conmutación se apoya sobre el hecho de que ciertos signos, como los afijos, permanecen poco sensibles al contexto, ya que están muy integrados. Sin volver aquí sobre el problema de la conmutación y las antinomias que él suscita (*cf.* Rastier, 1987, cap. III), nos encontramos, sin embargo, frente a una aporía: si se puede aislar un morfema, no es posible atribuirle una significación; si es posible “aislar” una significación, no se le puede asignar un morfema y sólo uno. Esto es válido *a fortiori* para las combinaciones de morfemas que son las léxias, y que no obedecen a la ley lógico-gramatical de la composicionalidad. En fin, la conmutación de unidades más extensas, como el período o el capítulo, prevista por Hjelmlev, plantea problemas todavía más complejos.

Esta concepción selectiva del pasaje resulta directamente de la problemática interpretativa: éste se define en ella a la vez como un *lugar* del texto y como un *momento* de un recorrido, que lo selecciona y lo aísla. Esta situación, menos paradójica de lo que parece, sigue siendo común en las ciencias de la cultura: los datos son aquello que uno se da a sí mismo, puesto que nada se impone, y se escoge siempre.⁸

Las consecuencias de esta redefinición de la unidad lingüística son múltiples e interesan tanto al estatuto del léxico como al del texto. Así, incluso una palabra es un pasaje: su expresión es un extracto de un texto; su contenido, un fragmento de un mito. Desde luego, las estrategias de selección de los pasajes difieren según los modos de interpretación. Por ejemplo, la interpretación gramatical reducirá al máximo el tamaño de los pasajes y privilegiará los pasajes contiguos; otra forma de interpretación, la lectura literaria de tipo universitario, escoge, por el contrario, pasajes más extensos. Si cada modo de interpretación privilegia lugares del texto y momentos del recorrido, introducir estas inequidades cualitativas sigue siendo legítimo. Ciertamente, para estas necesidades normativas, la problemática lógico-gramatical postula una uniformidad y una isonomía generales, a las cuales la problemática retórico-hermenéutica opone momentos singulares: puntos de conexión entre isotopías, puntos de titubeo de la argumentación y de la sucesión de los “hechos”, rupturas de “puntos de vista”, todos estos momentos corresponden, a la vez, a puntos característicos de las formas textuales y a gestos calificados del enunciador o del intérprete.

Como las unidades dependen de los recorridos que las actualizan, las modelizaciones del texto deben tomar eso en cuenta. Ahora bien, la modelización *inmanentista* de la semiótica clásica se resume en el establecimiento o reconocimiento de relaciones o funciones (en la teoría de Hjelmslev), sin guardar memoria de su establecimiento: las estructuras textuales son, entonces,

⁸ Por otro lado, es sabido el carácter selectivo de toda percepción.

concebidas como formas estables, objetivadas, categorizadas según las técnicas probadas de la metodología lógico-gramatical. El texto es concebido como un conjunto empírico que la descripción descompone en sus elementos, mientras que un relato, por ejemplo, puede administrar varias versiones internas legítimas según las elecciones axiológicas del intérprete (cf. Rastier, 1989, II, cap. 5). Superponiéndose a este tipo de descripción, o suplantándolo, la problemática retórico-hermenéutica considera que las estructuras ya no son formaciones ontológicas estables, sino lugares y momentos de recorridos enunciativos e interpretativos. Su objetividad depende de los consensos de lectura.

Los métodos estadísticos permiten hoy calificar los pasajes ligados como *correlatos* semánticos y *coocurrentes* expresivos.⁹

Plano del contenido

<correlato₁> <correlato_n> ⊃ *fragmento* ⊂ <correlato₁> <correlato_n>

<coocurrente₁> <coocurrente_n> ⊃ *extracto* ⊂ <coocurrente₁> <coocurrente_n>

Plano de la expresión

Figura 2: El pasaje y sus contextos

La redefinición del signo como pasaje permite aprehender la polisemia por series de transformaciones textuales e intertextuales, para relacionarla con los discursos, campos genéricos y géneros, desde una perspectiva ya no acrónica sino pancrónica,

⁹ Para una aplicación al análisis temático asistido por computadora, cf. Rastier, 2001, cap. VIII.

donde la estabilidad de las “acepciones” no descansa en la estabilidad supuesta de los referentes, sino en fenómenos de conservación diacrónica. La cuestión de la polisemia se convierte en problema de la innovación semántica, o *neosemia*.

El cambio es evidentemente semántico:¹⁰ dicho de otro modo, puesto que el signo no tiene contenido intrínseco permanente *a priori*, éste debe ser especificado describiendo la evolución de los conjuntos de correlatos. El problema de la identidad se disuelve entonces: “Probablemente no cabe decir de una época a otra lo que es el mismo sema, ni hay medio de evaluarlo, ya que el sema depende en su existencia de todo el entorno parasémico en el mismo instante”.¹¹ Más generalmente, en tanto forma semántica o elemento de forma semántica, un significado lexical no es más que un momento en una serie de transformaciones.

Los dos signos y los dos planos

Además de que la simetría y el equilibrio aparente del signo saussuriano del *CLG* no son más que engaños, las relaciones contextuales entre signos no determinan menos el sentido que las relaciones internas del signo, considerado aisladamente. Mejor aún, podríamos formular la hipótesis de que la semiosis clásica, definida por estas relaciones internas entre caras del signo, permanece sobredeterminada por relaciones contextuales, tanto homoplanas como heteroplanas. En efecto, del principio diferencial se deduce que toda definición de unidad es relacional, y Saussure afirma:

Una de las consecuencias de este hecho es que nunca se puede considerar una unidad lingüística cualquiera (en la perspectiva por época) más que haciendo intervenir, explícita o implícitamente, al menos es-

¹⁰ “El cambio está enteramente en el ámbito de los semas. Está todo entero guiado por el sentido”. Saussure, *ELG*, p. 104.

¹¹ *ELG*, *loc. cit.* Por *sema*, Saussure entiende aquí el significado. Cf. la oposición *sema/soma*.

trictamente cuatro términos: 1) el signo que se estudia; 2) otro signo diferente; 3) una parte (que siempre será mucho [más] pequeña de lo que se piensa) de lo que contiene; 4) una parte (igualmente muy pequeña).¹²

Habiendo admitido el principio de contextualidad, resta aplicarlo conjuntamente a los dos planos del lenguaje.

Ciertamente, la diferencia entre los dos planos del lenguaje hereda mucho de la oposición entre lo sensible y lo inteligible (y sus objetos, la materia y el espíritu). El carácter indisociable ha sido pensado como recto y verso, según la fórmula del *CLG*, o presuposición recíproca (en términos lógicos). De hecho, se trata de correlaciones de diferencias y, por consiguiente, esto implica siempre varios signos diferentes en sintagmática. Pero el principio de esta correlación sigue siendo un misterio. No está codificado en lengua: se hace en la acción enunciativa (productiva: enunciación sin sujeto) e interpretativa. Los recorridos interstratos constituyen un medio para figurarlo. Éstos parecen ser admitidos por Saussure en tanto forma elemental, como lo demuestra la siguiente figura:¹³

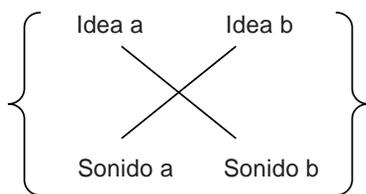


Figura 3: Relaciones contextuales heteroplanas

¹² *ELG*, XX Resúmenes. [a] A notar. Lot II, continuación de XI: Vida de la lengua. [N. B.: Restablezco las grafías ordinarias sin pretender elucidar completamente estas palabras elípticas]. Ubicación de la cita en la edición en español: 24 [Signos y negatividad], p. 75 [N. del T.].

¹³ Nouveaux documents, BPU, 1996, VI [Valeur-Collectivité], 2002 [En español esta figura aparece en *ELG*, *op. cit.*, p. 254].

Esta figura sugiere que el contexto de una unidad de la expresión puede ser una unidad del contenido, y recíprocamente.

A modo de ilustración —personal— detallemos los tres pasajes fundamentales de signo a signo, formas elementales de los recorridos enunciativos e interpretativos. Consideremos dos signos 1 y 2, denominando *Se* al significante y *So* al significado. Estos recorridos se reagrupan en tres pares:

- a) La semiosis (en el sentido “clásico” de relación entre las dos caras del signo o, más correctamente, los dos planos del lenguaje) comprende dos pasajes:
 - (i) El pasaje $Se_1 \rightarrow So_1$ según el modelo empirista clásico, el cual indica que “la especie introducida por el sentido” hace venir al espíritu “alguna otra cosa” (San Agustín, *De doctrina christiana*, I, 2).
 - (ii) El pasaje inverso $So_1 \rightarrow Se_1$ queda demostrado cuando, por ejemplo, se escucha lo que se espera escuchar, incluso cuando otro sonido ha sido pronunciado. Y metodológicamente, el concepto de *significante cero* expresa el mismo tipo de pasaje del significado al significante.¹⁴

¹⁴ Sobre el significante cero, cf. Lemaréchal, 1997. La *semiosis*, o relación fundamental que une las dos caras del signo, debe ser relacionada con los dos planos del significante y de los textos y de las otras ejecuciones semióticas, y ya no definida como una relación entre el significante y el significado del signo. Por otra parte, ésta no puede ser definida por una relación lógica simplemente formulable, como la inferencia en la tradición intencionalista, o la presuposición recíproca en la tradición estructuralista. En fin, el significante no es el punto de partida, puesto que él mismo debe ser reconocido. En fin, la semiosis no puede ser fijada más que como resultado de la interpretación, y no como su punto de partida. La identificación de los significantes parece ser uno de los puntos de entrada en el recorrido interpretativo, pero está precedida por las expectativas y presupuestos que definen el contrato propio del género textual de la práctica en curso; así, ésta parece ser igualmente un punto de regreso. Redefinir de este modo la semiosis la relaciona necesariamente con el concepto de recorrido interpretativo. En otros términos, el sentido no está dado por una codificación previa que asociaría estrictamente significantes y significados: él se produce en recorridos que discretizan y unen significados entre ellos, pasando por significantes.

- b) Dos tipos de contextualidad se establecen en el interior de un mismo plano (se les puede llamar *homoplanas*).
- (i) El recorrido $So_1 \rightarrow So_2$ reconoce una diferencia, o establece ya sea una isotopía elemental, ya sea una aferencia por propagación de sema. El fenómeno de la aferencia es mantenido y ampliamente reconocido por diversos autores (así, Pustejovsky lo ha integrado recientemente a su teoría del léxico). Más generalmente, en psicolingüística, los experimentos de atracción (*priming*) realizados desde hace un siglo, demuestran masivamente el carácter semántico de las asociaciones entre palabra-fuente y palabra-meta.
 - (ii) El recorrido $Se_1 \rightarrow Se_2$ permite una modificación fonética contextual (por ejemplo, el enlace): en cada lengua, se destacan así variaciones fonéticas regulares donde los contextos izquierda y/o derecha del fonema influyen en su realización. En los niveles superiores, se destacan isofonías (asonancia, aliteración) o alofonías (contrastes significativos). Las investigaciones saussurianas sobre los “anagramas” han intentado encontrar reglas para los fenómenos de isofonía.¹⁵
- c) Los dos tipos de contextualidad heteroplana rompen con la separación postulada de los dos planos del lenguaje.
- (i) El recorrido $Se_1 \rightarrow So_2$ elimina la ambigüedad de un significado por el significante vecino.
 - (ii) El recorrido converso $So_1 \rightarrow Se_2$ atribuye una significación al significante vecino, por ejemplo, en el caso de una rima. La atracción, estudiada en psicología desde hace un siglo, proporciona numerosos ejemplos de estos recorridos: atracción del sonido de un *ítem* por el sentido

¹⁵ Las isofonías dan cuenta de leyes generales perceptivas de similitud y de buena continuación. Como todas las leyes perceptivas, éstas son explotadas por las artes del lenguaje. Con los convertidores grafemas-fonemas, es posible ahora comprobar experimentalmente las hipótesis sobre la significatividad de las isofonías. Cf. Beaudouin, 2000, cap. VIII.

de otro, o inversamente, e incluso atracción recíproca. Estos recorridos son igualmente válidos tanto para las tareas de producción como para aquéllas de interpretación. Es decir, esquemáticamente:

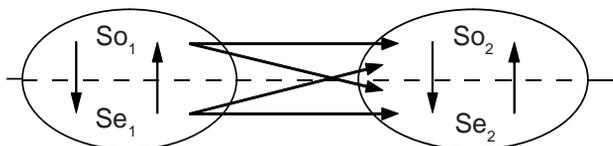


Figura 4: Los recorridos enunciativos e interpretativos elementales

En suma, completamos el modelo tradicional de la semiosis, inferencia de un significante hacia su significado, subrayando que las relaciones constitutivas del sentido como recorrido van de significado en significado, como también del significado hacia el significante.

En esencia, el sentido consiste en una red de relaciones entre significados en el seno del texto¹⁶ —y, desde esta perspectiva, los significantes pueden ser considerados como *interpretantes* que permiten construir algunas de estas relaciones. Éstas continúan siendo de tipo perceptivo: estimación de similitud, reconocimiento de forma, categorización.¹⁷

Estimamos que resulta imposible postular dos recorridos interpretativos paralelos o sucesivos, como lo hace en psicolingüística el cognitismo fodoriano. El “recorrido de significados” es inseparable del “recorrido de significantes”, ya que

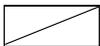
¹⁶ Extendemos al texto la problemática saussuriana del valor, fundamento de la semántica diferencial. En cuanto a la primacía de lo semántico, para nosotros no es más que una hipótesis de trabajo.

¹⁷ Cf. Rastier, 1991, cap. VII sobre la percepción semántica.

las relaciones homoplanas y heteroplanas se condicionan mutuamente. Así, frente a la enunciación como pasaje del pensamiento al lenguaje, y a la interpretación como pasaje inverso, nosotros proponemos un modelo común de constitución y de recorrido de las formas. La relación pensamiento-lenguaje es sustituida por la relación entre el plano del significante y el del significado.¹⁸ El significado puede tener la preeminencia o, en otros términos, los procesos principalmente descendentes de la percepción semántica pueden tener ventaja sobre los procesos principalmente ascendentes de la percepción fonética o gráfica; de cualquier modo, la preeminencia de uno de los dos planos no está fijada *a priori*, sino que depende del momento del texto y de la tarea en curso.

Dualidades lengua/habla y significante/significado

Otro paralelismo entre las dos dualidades se encuentra en esta serie de figuras que parecía enigmática: además de las líneas punteadas, que liberan lo sensible y lo inteligible, la relación de gradualidad parece figurada por la utilización de una diagonal; esto es lo que sugiere una nota de los *ELG* (p. 99):

“Hace falta el símbolo  y no  o   ”

Ahora bien, la figura rectangular representa comúnmente la dualidad lengua/habla, y en este extracto Saussure extiende esta figuración a la dualidad significante/significado, que a partir de entonces ya no corresponde en modo alguno a una mónada, incluso separada. En efecto, se trata no solamente de una oposición *relativa*, sino también *gradual*, y Saussure afirma que tratar

¹⁸ Los términos *plano del contenido* y *plano de la expresión* nos parecen discutibles, ya que suponen la imagen tradicional de la enunciación como infusión del espíritu en una materia. Por otro lado, el concepto lingüístico de expresión debe ser reestructurado.

de “separar las dos cosas”, aquí las dos caras del signo, es lo que “creemos que es el vicio fundamental de las consideraciones gramaticales a las que estamos acostumbrados” (ELG, p. 55). Así, paradójicamente, la dualidad significante/significado arruina el dualismo que separaba lo sensible y lo inteligible.¹⁹

Como la separación entre los seres (diversos y variables) y el Ser (uniforme e invariable) sigue apoyándose sobre aquélla que opone la materia al espíritu, el fin del dualismo semiótico marca el fin de esta separación constitutiva de la ontología occidental.

Las consecuencias son considerables, ya que no es posible concebir ni aislar *a fortiori* significante puro alguno,²⁰ significado puro alguno: todas las entidades tienen dos caras, pero ninguna concuerda con el signo del CLG, puesto que todas conocen, por así decirlo, grados de dominancia entre significante y significado. A título de ejemplo, proponemos ordenar algunas de ellas sobre la diagonal que delimita las dos caras del “signo del habla” presentado aquí abajo:

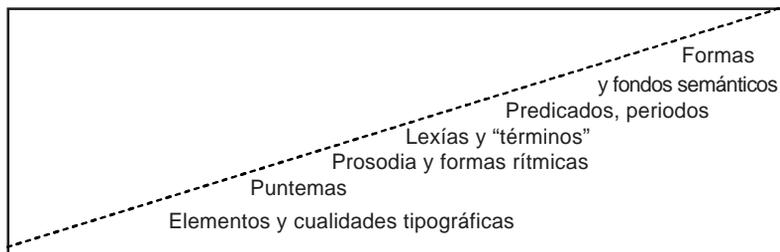


Figura 5: Algunos grados de dominancia relativa entre significante y significado

¹⁹ En efecto, los significados y los significantes se interdefinen sin corresponderse término a término, y bajo el título de *Principio fundamental de la semiología*, Saussure observa: “En la lengua no hay *signos* ni *significaciones* sino DIFERENCIAS de signos y DIFERENCIAS de significaciones, las cuales 1° no existen más que unas gracias a otras (en los dos sentidos) y por lo tanto son inseparables y solidarias; pero que 2° nunca llegan a corresponderse directamente” (ELG, p. 72).

²⁰ Esto, dicho sea de paso, vuelve muy difícil toda pretensión formal.

El reconocimiento de estos grados permite dar cuenta de la heterogeneidad semiótica de las unidades lingüísticas, así como de la diferencia no contradictoria entre primera y segunda articulación: aceptaremos sin dificultad que un puntema no funciona como un lexema, y sin embargo, es semantizado y semantizable.

La tradición lógico-gramatical se ha instalado en el espacio medio de la diagonal aquí presentada, ahí donde la relación entre significante y significado parece proporcionada: reduciéndose a las palabras y a proposiciones, esta tradición podía abordar la significación léxica en términos de referencia, y el contenido proposicional en términos de verdad. Pero ella no supo considerar los espacios periféricos: ni el espacio “superior”, donde los significados son asociados a significantes ampliamente indeterminados (como aquéllos de las formas semánticas del nivel textual), ni el espacio “inferior”, donde significantes son asociados a significados ampliamente indeterminados. Para esto, habría sido preciso adoptar una perspectiva interpretativa que sólo la problemática retórico-hermenéutica parece capaz de asumir, extendiéndose al nivel textual.

Más allá del problema de las unidades lingüísticas, el modelo gradual de la entidad lingüística permite además una conciliación entre tres nociones: (i) la de *discurso*, tanto en el sentido transfrástico de la lingüística de Harris como en el sentido psicológico de las teorías de la enunciación; (ii) la de *texto*, que pertenece a los campos disciplinarios de la lingüística de *corpus* o de la hermenéutica; (iii) la de *documento*, que pertenece, entre otras, a la filología. Esta conciliación enriquece el concepto de texto hasta volver a fundarlo, ya que entonces puede ser articulado con las prácticas sociales en las cuales es producido, así como con los soportes, incluidos los numéricos, a partir de los cuales es interpretado.

En suma, las dualidades *lengua/habla* y *significante/significado* encuentran una articulación común en una doble concepción de la textualidad. La primera, proveniente de los estudios

sobre los textos narrativos, religiosos y sobre todo míticos, privilegia la relación entre unidades locales y unidad global, a través de esas mediaciones que son las normas de género y de discurso; la segunda, que privilegia la poesía, acentúa las relaciones entre el plano del significante y el plano del significado. Estas dos concepciones se complementan, ya que las normas textuales determinan tanto a la semiosis como a la relación entre local y global; más aún, las relaciones entre global y local en cada plano del lenguaje no pueden ser establecidas sin considerar la semiosis que especifica la relación entre plano del significado y plano del significante.

II. Angustiante negatividad

Como el signo es siempre concebido a imagen del hombre, las concepciones saussurianas se transponen también, como veremos, a ciertos elementos de antropología filosófica.

El lenguaje sin subjetividad y la crítica del sujeto

Por un misterio a fin de cuentas transparente, la tradición ontológica remite a una teoría del sujeto. La lingüística y la semiótica contemporánea han declinado diversamente un sujeto autorreflexivo, idéntico a sí mismo, siempre condicionante (trascendental), y que se parece bastante a un sustituto de la potencia divina.

Ahora bien, en sus manuscritos sobre el pensamiento hindú, Saussure critica repetidas veces la subjetividad personal, acusándola de inconsistencia: “resolución del yo que consiste en negarlo como inexistente y constituido por una colección de cosas contingentes como las ruedas o el timón de un coche” (1993, p. 221).²¹ Con la imagen de la rueda, Saussure retoma ahí una

²¹ La traducción es nuestra.

comparación clásica del budismo, que niega la plena realidad del yo, hecho de piezas y de pedazos.²²

A partir de entonces, la identidad personal ya no es necesaria ni deseable:

¿No es acaso ridículo e incluso intolerable estar constantemente encerrado en su yo particular y sometido a ese pequeño yo? Daría muy poco por conocer “los sentimientos de Octavio después de la batalla de Actium” (tema notable de composición latina), pero daría todo por haber sido durante tres minutos Octavio mismo, ya sea antes, ya sea mucho antes de esta batalla, e incluso por haber sido mi cocinera, y haber percibido el mundo a través de sus ojos, sin perder, por ejemplo, la facultad de comparar lo que veo con las singulares imágenes que yo traería de esta excursión (p. 223).²³

Esta extrañeza para sí mismo parece, también, convertirse en una condición del conocimiento, cuando Saussure agrega:

Es, desde luego, para todo el mundo; pero no será, en el fondo, el punto de separación de los espíritus que no conciben otro espíritu más que a través de ellos mismos, y que constituyen la eterna y tranquila mayoría, y de aquéllos que vana pero arduamente ambicionan conocer el mundo a través de algo más que ellos mismos.

Saussure critica así el yo como obstáculo para el conocimiento, precisamente cuando toda la filosofía trascendental desde Kant hace de él la condición primera.

Mientras que la ontología de la tradición de Parménides que preside la tradición lógico-gramatical concuerda con un sujeto autorreflexivo, idéntico a sí mismo, condicionante (trascendental), los pensamientos críticos respecto a la ontología ponen en escena un sujeto condicionado, inconstante, incluso ilusorio.

²² Saussure aplica el principio general de que la pretendida sustancia no es más que una colección de accidentes: en semántica, esto implica, por ejemplo, que no hay significación propia, invariable e independiente del contexto.

²³ La traducción es nuestra.

De-ontología y negatividad

Mientras que las teorías occidentales de la significación siempre se han apoyado sobre la representación lingüística del Ser, por dos movimientos convergentes Saussure destaca el significado, abriendo así la posibilidad de una semántica autónoma. Por una parte, rompe con el sustancialismo ontológico de tradición aristotélica:

Tendemos perpetuamente a convertir mediante el pensamiento las acciones diversas que necesita el lenguaje en sustancia. [...] —No hay que admitir en absoluto una sustancia fundamental que reciba a continuación atributos.²⁴

Por otra parte, rompiendo con la tradición dualista que separa el pensamiento del lenguaje, él devuelve el significado a las lenguas, o no lo considera sino ahí:

Lo que no existe son a) las significaciones, las ideas, las categorías gramaticales fuera de los signos; quizá existen fuera *del ámbito lingüístico*; es una cuestión muy dudosa que en todo caso han de examinar otros estudiosos que no sean lingüistas.²⁵

Estas dos rupturas, que abren el espacio para una semántica lingüística (*cf.* Rastier, 1991, cap. III), resultan de dos operaciones dialécticas complementarias. El reconocimiento de una negatividad, llevado a sus últimas consecuencias, hace del lenguaje un sistema diferencial de oposiciones y no una codificación de identidades referenciales. Por otro lado, una duda científica desempeña la función de suspenso o de *époje* constitutiva. A la duda, en lo que respecta al exterior de la lengua, responde la negatividad, en lo que concierne a su interior. La negación de la sustancia y la duda constitutiva permiten rom-

²⁴ ELG, I, § 28, p. 82.

²⁵ ELG, I, § 24, pp. 74-75.

per con la positividad que instaura la ontología —por otra parte, todas las formas contemporáneas del positivismo han combatido el saussurismo, ya sea desde afuera, como Ogden y Richards, ya sea desde dentro.

Ciertamente, con frecuencia la negatividad ha sido puesta al servicio del Ser, incluso para rebasarlo en el Uno (Platón, Plotino, y toda la tradición de la teología negativa, en el Pseudo-Dionisos, Escoto Erigena, Nicolas de Cusa); en la época romántica, la negatividad hegeliana terminó por imponerse, al servicio del Espíritu. Sin embargo, su negatividad original salva al saussurismo de toda forma de ontología, en particular la de la Totalidad romántica —que, no obstante, ha contribuido históricamente, sobre todo en los formalistas rusos, a la formación del concepto moderno de estructura. Lo que está en juego no es poco, ya que además de la concepción de la estructura como entidad autónoma de dependencias internas (Hjelmslev), el problema de la totalidad interesa a la concepción misma de la lengua, considerada “en sí misma y por sí misma”, según la fórmula de Bopp, discreta pero abusivamente atribuida a Saussure por los autores del *CLG*. Este problema interesa finalmente a la unidad lengua-nación como definitoria de la cultura, según la culturología rusa actual, heredera de las formas dogmáticas de la tradición de Humboldt y de las tesis estalinianas presentadas en *El marxismo y la cuestión nacional*.²⁶

Las consecuencias de la de-ontología

No sin riesgos se rompen hábitos seculares de pensamiento, y las consecuencias de la ruptura con la ontología pueden dar en Saussure un giro resignado e incluso angustiante. Nosotros destacaremos cinco: el desamparo, el yo privado de sustancia, el fin

²⁶ Se sabe que la unidad de un pueblo, de una lengua y de un territorio justifica regularmente las “depuraciones étnicas”, es decir las masacres.

de la verdad como correspondencia, el régimen de la dificultad, la contingencia del orden.

(i) *El desamparo*. “Quienquiera que pose el pie sobre el terreno de la lengua, puede decirse que ha sido abandonado por todas las analogías del cielo y de la tierra” (Notas inéditas, *CFS*, 12, 1954, p. 64).²⁷ La mención del cielo y de la tierra confiere a esta expresión un alcance oracular: no es, o no es solamente el lingüista, sino más bien el Hombre quien es abandonado. Sin recursos, aparentemente, puesto que la analogía sigue siendo la garantía del vínculo poético y religioso con el mundo y con Dios. Ésta es la primera forma del sentido espiritual,²⁸ ya que establece un vínculo entre dos planos de realidad y, por la unidad deseada, parece fusional: unitiva, sugiere ya un modo de la coincidencia con el Ser.

(ii) *El fin de la representación*. Mientras que la verdad es clásicamente definida como *adequatio rei et intellectus*, la consideración de las lenguas vuelve inconcebible esta definición:

apenas necesitamos decir que la diferencia de términos que constituye el sistema de una lengua no corresponde en modo alguno, aunque se trate de la lengua más perfecta, a las relaciones auténticas entre las cosas; y, en consecuencia, no hay ninguna razón para esperar que los términos se apliquen completamente, y ni siquiera incompletamente, a objetos definidos, materiales u otros.²⁹

Como si la objetivación de la lengua confinara a la nada a todos los hechos de otro orden, Saussure persigue este propósito por una extraña y formidable personificación de la lengua:

De modo que la existencia de hechos materiales es, como la existencia de hechos de otro orden, indiferente a la lengua. Siempre avanza y se mueve gracias a la máquina formidable de sus categorías negativas,

²⁷ La traducción es nuestra.

²⁸ Cf. Tomás de Aquino, *Suma teológica*, Cuestión I, art. 10, conclusión.

²⁹ *ELG*, I, § 26, p. 77.

verdaderamente desligadas de todo hecho concreto, y por eso mismo inmediatamente preparadas para almacenar cualquier idea que venga a añadirse a las precedentes.³⁰

Como vemos, el fin de la concepción representativa del lenguaje permite reconocer su creatividad: por su autonomía respecto de toda ontología preformada, la lengua puede presentar acumulativamente todas las ideas nuevas. Ahora bien, la creatividad lingüística no es verdaderamente concebible a partir de la problemática lógico-gramatical fundada sobre el signo; de ahí, sobre todo, el fracaso del chomskismo —del cual se debe dar cuenta. En efecto, esta creatividad no puede fundarse más que sobre una teoría de la acción —y no de la representación— ya que sólo una práctica puede hacer nacer algo nuevo, articulando elementos hasta entonces heterogéneos. Así, sólo la problemática retórico-hermenéutica, que se apoya en el texto y las otras ejecuciones semióticas complejas, puede dar cuenta de la creatividad. Tal problemática conduce naturalmente a una lingüística del habla, en la medida en que la lengua es una antología inveterada de prácticas de habla.

Finalmente, el principio diferencial de la lingüística saussuriana, aplicado a los contextos y a los textos, permite concluir que cada ocurrencia es un *hapax*: éste justifica así la intuición de Schleiermacher, extendiendo a toda enunciación la facultad de innovación lingüística.

(iii) *El régimen de la dificultad*. La diferencia entre el sentido propio y el sentido figurado, que proviene de la retórica antigua, ha servido de garantía al alegorismo patrístico y a la división entre sentido literal y sentido espiritual. Ésta sigue siendo el fundamento de todas las semánticas positivas: el sentido propio o literal depende de una denotación natural e inmediata, ya sea la *simplex apprehensio* tomista o la evidencia del

³⁰ *ELG*, I, § 26, p. 78. La lengua, como personificada, recuerda aquí una especie de Noche baudelairiana, potente y misteriosa.

empirismo lógico; mientras que, por su parte, el sentido figurado es considerado objeto de inferencia, esto es, en nuestros días, de cálculos pragmáticos.

Pero desde el momento en que el signo deja de ser definido por la relación de representación que determina su referencia, este dispositivo milenario queda arruinado: “No hay diferencia entre el sentido propio y el sentido figurado de las palabras (o: las palabras no tienen ni sentido figurado ni propio), porque su sentido es eminentemente negativo”.³¹ La idea es corrosiva: no hay referencia, y por lo tanto no hay sentido propio —y como la referencia no es más que una opinión común, no hay doxa ni comodidad intelectual. Toda interpretación se encuentra así bajo el régimen de la dificultad, y se torna igualmente difícil reconocer o asignar significaciones, ya sea que el sentido sea juzgado “propio” o “figurado”.

(iv) *El fin del dualismo, el orden paradójico y la unidad contradictoria.* La sempiterna tríada semiótica de tradición aristotélica (signo→concepto→referente) se encuentra completamente desmantelada. Además de la relación de representación del concepto con respecto al objeto, aquélla que relacionaba el signo y el concepto se vuelve inconcebible: en efecto, el significante no representa al significado más de lo que el significado representa al objeto.

Más aún, Saussure concibe la multiplicidad de los significados y de los significantes como una combinación indisoluble. En efecto, la reflexión parte de lo que Hjelmslev llamará la *presuposición recíproca* de los dos planos del lenguaje:

lo único que es dado es la diversidad de los signos combinada indisolublemente y de manera infinitamente compleja con la diversidad de las ideas.

Los dos caos, al unirse, proporcionan un *orden*. Nada hay más inútil que pretender establecer el orden separándolos. Como sabemos,

³¹ ELG, I, § 23, p. 74.

nadie [sobre la tierra] piensa en separarlos radicalmente. Lo que se hace es simplemente distinguir uno del otro y partir *ad libitum* de éste o de aquél, tras haber hecho previamente de aquél o de éste una cosa con existencia propia. Eso es precisamente lo que nosotros llamamos querer separar los dos caos, lo cual creemos que es el vicio fundamental de las consideraciones gramaticales a las que estamos acostumbrados.³²

El término de *caos*, la fórmula negativa *nadie sobre la tierra*, evoca una vez más el tema del desamparo, lejos de toda providencia. Sobre este segundo plano metafísico se destaca una conclusión decisiva: si los dos planos del lenguaje son inseparables, esto pone fin al dualismo tradicional que hacía de la expresión el receptáculo neutro de un contenido preexistente, así como a la concepción instrumental del lenguaje, que lo ponía al servicio de un pensamiento autónomo respecto de las estructuras lingüísticas.

En cuanto al sentimiento trágico de abandono, resulta sin duda de la ruptura con la tradición ontológica, que supone ecuménicamente una plenitud del mundo y de Dios, una suerte de armonía del cosmos, diversamente sensible en las tradiciones aristotélica y platónica. Al describir el encuentro de dos caos creadores de un orden contingente y no providencial, Saussure evoca los grandes temas del desamparo, desde Lucrecio, por supuesto, hasta el Althusser póstumo del *materialismo del encuentro*.³³

Por el fondo mítico de sus palabras, la personificación de la lengua, lo trágico del abandono, ¿no habrá Saussure salido de la metafísica de tradición aristotélica sólo para crear una nueva? Esta cuestión legítima lleva a reconsiderar la actividad teórica

³² *ELG*, I, § 11, p. 55.

³³ Cf. *Le courant souterrain du matérialisme de la rencontre* (1982), in Althusser, 1994, pp. 553-594. Por otro lado, este texto anti-ontológico no deja de retomar, adaptándola a la historia, la tesis característicamente saussuriana de que “la estructura precede a sus elementos”.

en sí misma, en esta fase de meditación de la cual dan aquí testimonio los borradores saussurianos. La ciencia y el mito no están definitivamente separados por el progreso de los conocimientos, pero la actividad crítica debe sin cesar trazar entre ellas una demarcación. Sin duda, las teorías se abstraen de los mitos y se tornan científicas cuando logran someterse a validaciones internas o externas, las cuales desempeñan el papel de un principio de realidad. Quizá la personificación de la lengua, en su “máquina formidable”, no constituye solamente una figura épica, sino que condiciona o anuncia, en la isotopía mítica del texto saussuriano, su objetivación en la isotopía científica. En relación con las teorías anteriores, ésta ha cambiado de rol: ya no es un instrumento, sino un agente.³⁴ En términos de análisis narrativo, la lengua ha accedido al rango de heroína, y se ha despojado de los trapos de la sirvienta devota pero torpe del Espíritu.

Si Saussure hubiera sido filósofo, habríamos podido evocar el paso de la crítica de la ontología a la “de-ontología”, como las necesarias consecuencias éticas de una crítica de la ontología. En efecto, sin un Ser al cual conformarse, la moral normativa da lugar a una ética de la responsabilidad.

³⁴ Sobre la coexistencia de las isotopías mítica y científica en las teorías lingüísticas, cf. Rastier, 1971. Más generalmente, las hipótesis científicas y las ficciones filosóficas e incluso literarias proceden sin duda de una creatividad imaginativa común. Mientras que los aristotélicos suponían un mundo pleno, finito, centrado, los neoplatónicos formulaban cosmologías del vacío, del infinito, de la pluralidad de mundos: las conclusiones de Giordano Bruno fueron verificadas por Galileo. Sin embargo, las ciencias no se reducen a ficciones verificables: no se constituyen ni se mantienen sino por una lucha indefinida, de dudosa resolución, contra el mito –incluyendo en sus formas más imperceptibles, que son las evidencias ordinarias de la *doxa*. Pero antes de que esta lucha llegue a su término provisional, encontramos en los borradores de los sabios, en Kepler como en Saussure, intuiciones poéticas en el sentido más fuerte, que sin duda dan testimonio de la unidad del pensamiento creador, antes de su elaboración en los géneros académicos.

Referencias bibliográficas

Abreviaturas

CLG: *Curso de Lingüística General*

ELG: *Escritos sobre Lingüística General*

CFS: *Cahiers Ferdinand de Saussure*

ALTHUSSER, L. (1994). *Ecrits philosophiques et politiques I*. F. Matheron (ed.), Paris : Stock.

BOUQUET, S. (1997). *Introduction à la lecture de Saussure*. Paris : Payot.

_____ (1999). D'une théorie de la référence à une linguistique du texte : ¿Saussure contre Saussure? *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 52.

_____ (2002). *Saussure*. Paris : L'Herne.

FEHR, J. (2000). *Saussure entre linguistique et sémiologie*. Paris : PUF.

HJELMSLEV, L. (1971a [1968]). *Prolégomènes à une théorie du langage*, Paris : Minuit. [Versión en español: *Prolegómenos a una teoría del lenguaje* (1980). José Luís Díaz de Liaño (trad.), Madrid: Gredos.]

_____ (1971b). *Essais linguistiques*. Paris : Minuit. [Versión en español: *Ensayos lingüísticos* (1987). Alejandro Cánovas (trad.), Madrid: Gredos.]

_____ (1985). *Nouveaux essais*. Paris : PUF.

JÄGER, Ludwig (1976). *Saussure historisch-hermeneutisch Idee der Sprache*. *LuD*, 27.

LEMARÉCHAL, A. (1997). *Zéro(s)*. Paris : PUF.

RASTIER, F. (1971). *Idéologie et théorie des signes*. La Haye : Mouton.

_____ (1987). *Sémantique interprétative*, Paris : PUF. [Versión en español: *Semántica interpretativa* (2005). México: SIGLO XXI].

- _____ (1991). *Sémantique et recherches cognitives*. Paris : PUF.
- _____ (1996a). « Problématiques du signe et du texte », *Intellectica*, 23.
- _____ (1996b). « Représentation ou interprétation? Une perspective herméneutique sur la médiation sémiotique », in V. Rialle et D. Fiset (dir.), *Penser l'esprit : des sciences de la cognition à une philosophie de l'esprit*. Grenoble : Presses Universitaires de Grenoble.
- _____ (2001 a). « L'action et le sens », *Journal des anthropologues*, 85-86.
- _____ (2001 b). *Arts et sciences du texte*. Paris : PUF.
- _____ (2002a). « Valeur saussurienne et valeur monétaire », *L'information grammaticale*.
- _____ (2002b). « Le silence de Saussure ou l'ontologie refusée », in Bouquet, S. (éd.), *Saussure*, Paris : L'Herne.
- _____ (2002c). « Saussure, l'Inde et la critique de l'ontologie », *Revue de sémantique et de pragmatique*.
- RASTIER, F. (à paraître) « Saussure au futur—Introduction à une relecture de Saussure », *La linguistique*.
- REY, A. (1973-1976). *Théories du signe et de la signification*. Paris : Klincksieck, 2 tomes.
- SAUSSURE, F. de (1964). « Lettres de Ferdinand de Saussure à Antoine Meillet ». Emile Benveniste (ed.). *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 21.
- _____ « Saussure contre Saussure ». *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 52.
- _____ ([1916]). *Cours de linguistique générale*, Paris : Payot. [Version en español: *Curso de lingüística general* (1972). Amado Alonso (trad.), Madrid: Losada, 2002.]
- _____ (1989). « Note sur le discours », *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 43.

_____ (1993). « Les manuscrits saussuriens de Harvard », *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 47, Herman Parret (ed.).

_____ (2002). *Écrits de linguistique générale*. Paris : Gallimard, Simon Bouquet et Rudolf Engler (eds.). [Versión en español: *Escritos sobre lingüística general* (2004). Clara Ubaldina Lorda Mur (trad.), Barcelona: Gedisa.]

Anexo

Negatividad y ontología en *De la doble esencia del lenguaje*, de Ferdinand de Saussure. Selección establecida por François Rastier.

Los extractos que se leerán a continuación fueron establecidos a partir de una transcripción paleográfica de los manuscritos elaborada por Rudolf Engler, la cual fue utilizada como documento de trabajo. No habría que buscar en estos párrafos fidelidad filológica, pues no ha sido esa la pretensión: hay variantes que han sido desechadas, se ha uniformado la puntuación, se ha reconstituido la ortografía, hay abreviaturas que fueron suplidas, etc.

*Aunque siendo el testimonio de un criterio de selección ligeramente diferente, sólo el texto *Écrits de linguistique générale* publicado en Gallimard (2002) por Simon Bouquet et Rudolf Engler puede servir de referencia (cf. pp. 17-97). El lector podrá remitirse allí cómodamente siguiendo los números de cada sección en numeración arábiga.*

3g. [IIIIf] : [Valeur : Forme] — On est obligé de poser comme fait primordial le fait GÉNÉRAL, COMPLEXE et composé de DEUX FAITS NÉGATIFS : de la différence générale des figures vocales jointe à la différence générale des sens qui s’y peuvent attacher.

On ne saurait assez insister sur le fait que les valeurs dont se compose primordialement un système de langue (un système morphologique), un système de signaux ne consistait ni dans les formes ni dans les sens, ni dans les signes ni dans les significations.

Elles consistent dans la solution particulière d’un certain rapport général entre les signes et les significations, fondé sur la différence générale des signes plus la différence générale des significations plus l’attribution préalable de certaines significations à certains signes ou réciproquement.

6c. [VIc] [Forme] — Forme = Non pas une certaine entité positive d'un ordre quelconque, et d'un ordre simple; mais l'entité à la fois négative et complexe : résultant (sans aucune espèce de base matérielle) de la différence avec d'autres formes COMBINÉE avec la différence de signification d'autres formes.

10. [IX] De l'essence double du langage— Toute espèce de signe existant dans le langage (1° le signe VOCAL de tout ordre : signe complet tel qu'un substantif, ou un pronom, signe complémentaire comme un suffixe ou une racine, signe dénué toute signification complète ni (complémentaire comme un (« son » déterminé de la [langue] — ou signe non vocal comme « le fait de placer tel signe devant tel autre ») a une valeur purement par [opposition (?)], par conséquent non positive, mais au contraire essentiellement, éternellement NÉGATIVE.

12. [XI] [Vie du langage]— Tout ce que représente pour l'esprit le signal maritime d'un drapeau rouge ou bleu procède, non de ce qu'il est, non de ce qu'on est disposé à y associer, mais exclusivement de ces deux choses : 1°) de sa différence avec les autres signes figurant au même moment, 2°) de sa différence avec les signes qui auraient pu être hissés à sa place, et à la place des signes qui l'accompagnent. Hors de ces deux éléments négatifs, si l'on se demande où réside l'existence positive du signe, on voit tout de suite qu'il n'en possède aucune.

20 a. [XVI] [Négativité des termes] — La négativité des termes dans le langage peut être considérée avant de se faire une idée du lien du langage; pour cette négativité, on admet provisoirement que le langage existe hors de nous et de l'esprit, car on insiste seulement sur ce que les différents termes du langage, au lieu d'être différents termes comme les espèces chimiques etc. ne sont que des différences déterminées entre des termes qui seraient vides et indéterminés sans ces différences.

20b. [XVI] [b] Dossier S6] — On ne se pénétrera jamais assez de l'essence purement négative, purement différentielle, de chacun des éléments du langage auxquels nous accordons

précipitamment une existence : Supposée — quoi[que] peut-être, je l'admets, nous soyons appelés à reconnaître que, sans cette fiction, l'esprit se trouverait littéralement incapable de maîtriser une pareille somme de différences, où il n'y a nulle part à aucun moment un point de repère positif et ferme.

[un linguiste doit] étudier un certain secteur de faits négatifs et dépourvus en eux-mêmes de sens et d'existence,— son étude sera profitable dans la mesure où il aura opposé les termes qu'il fallait opposer; pas autrement, et cela dans un sens non banal : à savoir que le fait dont il s'occupe n'existe littéralement pas ailleurs que dans la présence de faits opposables.

Il semble que la science du langage soit placée à part : en [ce] que les objets qu'elle a devant elle n'ont jamais de réalité en soi, ou à part des autres objets à considérer n'ont absolument aucun autre substratum à leur existence hors de leur différence ou DES différences de toute espèce que l'esprit trouve moyen d'attacher à LA différence fondamentale : mais sans que l'on sorte nulle part de cette donnée fondamentalement et à tout jamais négative de la DIFFÉRENCE de deux termes, et non des propriétés d'un terme.

Toutes les fois que dans une branche quelconque de la linguistique, et en se réclamant d'un point de vue quelconque, un auteur s'est livré à une dissertation sur un objet de « phonétique », de « morphologie », de syntaxe déterminé — par exemple l'existence d'une distinction grammaticale de féminin en indo-européen, ou bien la présence d'un n_i cacuminal en sanscrit — cela signifie qu'il a voulu étudier un certain secteur de faits négatifs et dépourvus en eux-mêmes de sens et d'existence,— son étude sera profitable dans la mesure où il aura opposé les termes qu'il fallait opposer; pas autrement, et cela dans un sens non banal : à savoir que le fait dont il s'occupe n'existe littéralement pas ailleurs que dans la présence de faits opposables.

22 b. [XVIII] Ne pas sacrifier — Il n'y a dans la langue ni signes, ni significations, mais des DIFFÉRENCES de signes et des

DIFFÉRENCES de significations : lesquelles 1°) n'existent les unes absolument que par les autres, (dans les deux sens), et sont donc inséparables et solidaires; mais 2°) n'arrivent à se correspondre directement. — (D'où l'on peut immédiatement conclure : que tout, et dans les deux domaines, (non séparables d'ailleurs) est NÉGATIF dans la langue — repose sur une opposition compliquée, mais uniquement sur une opposition, sans intervention d'aucune espèce de donnée positive.

Le principe de la négativité des signes ou des significations (ce qui est tout à fait la même chose dès qu'on se pénètre de la solidarité affirmée plus haut) se vérifie dès les plus élémentaires abstractions du langage :

Nous persistons à dire que la langue ne s'alimente dans son essence que [d'] oppositions[,] d'un ensemble de valeurs parfaitement négatives et n'existant que par leur contraste mutuel.

23. [XIX] Corollaire [Signification-Sens] — Il n'y a pas de différence entre le sens propre et le sens figuré des mots (ou : les mots n'ont pas plus de sens figuré que de sens propre), parce que leurs sens est éminemment négatif.

24. La langue consiste donc en la corrélation de deux séries de faits :

1°) ne consistant chacun que dans des oppositions négatives ou dans des différences, et en des termes différents offrant une négativité en eux-mêmes,

2°) n'existant chacun, dans leur négativité même, qu'autant qu'à chaque instant une DIFFÉRENCE du premier ordre vient s'incorporer dans une différence du second et réciproquement.

25. [XXI] Sur la négativité de la synonymie — Il n'y a plus rien dans soleil si ce n'est l'opposition avec l'idée d'ombre; et cette idée d'ombre elle-même n'est que la négation combinée de celle de lumière, de nuit parfaite, de pénombre et cetera joint à la négation de la chose illuminée par rapport à l'espace obscurci et cetera.

[divers] idiomes exprimeront par des termes tout à fait différents des nôtres les mêmes faits où nous faisons intervenir le mot lune, exprimant par exemple par un premier mot la lune dans ses phases mensuelles, dans un second la lune comme astre différent du soleil, dans un troisième la lune par opposition aux étoiles, dans un quatrième le terme comme flambeau de la nuit, dans un cinquième le clair de lune par opposition à la lune même, etc — Et chacun de ces mots n'a toujours de valeur que par la position négative qu'il occupe par rapport aux autres : ce n'est à aucun moment une idée positive juste ou fausse de ce qu'est la lune qui dicte la distribution des notions sous les 10 ou 12 termes qui existent, mais c'est uniquement la présence même de ces termes qui force de rattacher chaque idée ou au premier ou au second, ou à tous les deux par opposition au troisième et ainsi de suite, sans autre donnée que le choix négatif à faire entre les termes, sans aucune concentration d'idée diverse sur l'objet un. Ainsi il n'y a jamais rien dans un mot que ce qui n'était pas d'avance hors de lui et ce même mot peut contenir, et enfermer en germes tout ce qui n'est pas hors de lui.

26. Autrement dit : Si un mot n'évoque pas l'idée d'un objet matériel, il n'y a absolument rien qui puisse en préciser le sens autrement que par voie négative. — Si ce mot au contraire se rapporte à un objet matériel, on pourrait dire que l'essence absolue même de l'objet est de nature à donner au mot une signification positive, [mais] ce n'est plus au linguiste de venir enseigner que nous ne connaissons jamais un objet que par l'idée que nous nous en faisons, et par les comparaisons justes ou fausses que nous établissons : en effet je ne sais aucun objet à la dénomination duquel ne s'ajoute une, ou plusieurs idées, dites accessoires mais au fond exactement aussi importantes que l'idée principale — l'objet en question fût-il le Soleil, l'Eau, l'Air, l'Arbre, la Femme, la Lumière, etc.

De telle manière qu'en réalité toutes ces dénominations sont également négatives, ne signifient rien que par rapport aux idées mises dans d'autres termes (également négatifs), n'ont à aucun

moment la prétention de s'appliquer à un objet en soi, et n'abordent en réalité cet objet s'il [n]'existe qu'obliquement, par telle ou telle idée : particulière d'où il résultera (en exprimant la chose grossièrement), parce que nous prenons momentanément ici ce fait extérieur pour base du mot 1°) qu'il faudra continuellement changer de terme pour le même objet, appeler par exemple la lumière « clarté », « lueur », « illumination », etc. 2°) que le même nom du même objet servira pour beaucoup d'autres : ainsi la lumière de l'histoire, les lumières d'une assemblée de savants.

La supposition traditionnelle que le mot possède une signification absolue s'appliquant à un objet déterminé, c'est cette présomption que nous combattons. Depuis le premier moment, le mot n'aborde l'objet matériellement que selon une idée qui est à la fois parfaitement insuffisante si on la considère hors de l'objet : idée dès le commencement négative.

Enfin, il est à peine besoin de dire que la différence des termes qui fait le système d'une langue ne correspond nulle part, fût-ce dans la langue la plus parfaite, aux rapports véritables entre les choses ; et que par conséquent il n'y a aucune raison d'attendre que les termes s'appliquent complètement ou même très incomplètement à des objets définis matériels ou autres.

Ainsi, à aucun moment, l'impression même que fait un objet matériel, n'a le pouvoir de créer une seule catégorie linguistique ; — il n'y a jamais donc que des termes négatifs dans chacun desquels l'objet nouveau est incomplètement embrassé, en même temps qu'il est disloqué sur plusieurs termes.

27. De l'essence [XXIII] [Remarques additionnelles] —

Considérée à n'importe quel point de vue, la langue ne consiste pas [en] un ensemble de valeurs positives, valeurs absolues, mais dans un ensemble de valeurs négatives et relatives n'ayant d'existence que par le fait de leur opposition.

Aucun signe n'est donc limité dans la somme d'idées positives qu'il est au même moment appelé à concentrer en lui ; il n'est momentanément limité que négativement, par la présence

simultanée d'autres signes; et il est donc vain de chercher quelle est la somme des significations d'un mot.

Une autre manifestation flagrante de l'action parfaitement négative des signes toujours dans l'ordre des faits de synonymie est livrée par l'emploi figuré des mots (quoiqu'il soit impossible au fond de distinguer jamais l'emploi figuré de l'emploi direct).

Ainsi : si l'idée positive de supplice était vraiment la véritable base de l'idée de supplice, il serait tout à fait impossible de parler par exemple « du supplice de porter des gants trop étroits », ce qui n'a pas le moindre rapport avec les épouvantes du supplice du gant et de la roue. On dira : mais c'est le propre justement de la locution figurée. Très bien. Prenons donc un mot qui représente en somme au sens direct un ensemble de faits tout à fait semblable à celui que représente supplice. Nous voyons en fait qu'il n'y a rien d'autre que le fait NÉGATIF de l'opposition du supplice avec martyr, torture, tourment ou avec tel autre mot qui fixe l'ensemble des emplois.

Alors même qu'il s'agit de désignations très précises comme roi, évêque, chien, la notion complète enveloppée dans le mot ne résulte que de la coexistence d'autres termes; le roi n'est plus la même chose que le roi, s'il existe un empereur, ou un pape, s'il existe des républiques, s'il existe des vassaux, des ducs, etc. ; — le chien n'est plus la même chose que le chien si l'on l'oppose surtout au cheval en en faisant un animal impudent et ignoble, comme chez les Grecs ; ou si l'on l'oppose surtout à la bête fauve qu'il attaque en en faisant un modèle d'intrépidité et de fidélité au devoir comme chez les Celtes. L'ensemble des idées réunies sous chacun de ces termes correspondra toujours à la somme de celles qui sont exclues par les autres termes et ne correspond à rien d'autre.

Corollaire.— Il n'y a pas de différence entre le sens propre et le sens figuré des mots — parce que le sens des mots est une chose essentiellement négative.

Proposition.— Considérée à n'importe quel point de vue qui veuille tenir compte de son essence, la langue consiste, non dans

un système de valeurs absolues ou positives, mais dans un système de valeurs relatives et négatives.

Toute espèce d'emploi qui ne tombe pas dans le rayon d'un autre mot n'est pas seulement partie intégrante, mais partie constitutive du sens de ce mot, et ce mot n'a pas en réalité d'autre sens que la somme des sens non réclamés.

28. [XXIV] Index —ETRE. Rien n'est, du moins rien n'est absolument (dans le domaine linguistique). Il suit de là qu'aucun terme, en le supposant parfaitement juste, n'est applicable hors d'une sphère déterminée.

Versión en español (de los extractos establecidos por François Rastier) tomada de Escritos sobre lingüística general, Clara Ubaldina Lerda Mur (trad.), Gedisa, Barcelona, 2004:

Negatividad y ontología en *De la doble esencia del lenguaje*, de Ferdinand de Saussure.

3g. [IIIIf]: [Valor : Forma] —Nos vemos obligados a establecer como hecho primordial el hecho GENERAL, COMPLEJO y compuesto de DOS HECHOS NEGATIVOS: la diferencia general de las figuras vocales aunada a la diferencia general de los sentidos que pueden adjuntárseles.*

No insistiremos nunca bastante en el hecho de que los valores de que se compone primordialmente un sistema de lengua (un sistema morfológico), un sistema de señales, no consisten ni en las formas ni en los sentidos, ni en los signos ni en las significaciones. Consisten en la solución particular de determinada relación general entre los signos y las significaciones, basada en la diferencia general de los signos *más* la diferencia general de las

* La traducción de este párrafo es nuestra.

significaciones *más* la atribución previa de ciertas significaciones a ciertos signos o inversamente.

6c. [VIc] [Forma] —Forma = No una determinada entidad *positiva* de cualquier orden, y de un orden simple; sino entidad a la vez *negativa* y *compleja*: resulta (sin ninguna clase de base material) de la *diferencia* respecto a otras formas COMBINADA con la *diferencia* de significación de otras formas.

10. [IX] De la esencia, etcétera —Toda especie de signo que existe en el lenguaje (1° el signo VOCAL de cualquier orden, signo completo como una palabra o un pronombre, signo complementario como un sufijo o una raíz, signo despojado de toda significación completa ni complementaria como un determinado “sonido” de la lengua; o signo no vocal como “el hecho de situar tal signo ante otro”) tiene consecuentemente un valor *puramente* no positivo, es decir, esencialmente, eternamente NEGATIVO.

12. [XI] [Vida del lenguaje] —Todo lo que representa para la mente la señal marina de una bandera roja o azul procede, no de lo que es, no de lo que estemos dispuestos a asociarle, sino exclusivamente de estas dos cosas: 1) de su diferencia respecto a otros signos exhibidos en el mismo momento, 2) de su diferencia respecto a los signos que se habrían podido izar en su lugar, y en el lugar de los signos que lo acompañan. Fuera de estos dos elementos negativos, si nos preguntamos dónde reside la existencia positiva del signo, vemos en seguida que no posee ninguna.

20a. [XVI] [Negatividad y diferencia, 1] —La *negatividad* de los términos en el lenguaje puede ser considerada *antes* de hacerse una idea del *lugar* del lenguaje; respecto a esta negatividad, se puede admitir provisionalmente que el lenguaje existe fuera de nosotros y de la mente, pues sólo se insiste en que los *diferentes términos* del lenguaje, en lugar de ser términos diferentes como las especies químicas, etcétera, no son más que *diferencias determinadas* entre términos que serían vacíos e indeterminados sin esas diferencias.

20b. [XVI] [b] Dossier S6] —No se estará nunca lo bastante convencido de la esencia puramente negativa, puramente *diferencial*, de cada uno de los elementos del lenguaje a los que atribuimos precipitadamente una existencia; no hay ninguno, en ningún orden, que posea esta existencia supuesta, aunque admito que quizá nos vemos obligados a reconocer que, sin esta ficción, la mente se vería realmente incapaz de dominar semejante suma de diferencias sin encontrar en parte alguna y en ningún momento un punto de referencia positivo y firme.

[un lingüista debe] estudiar cierto sector de hechos *negativos* y desprovistos en sí mismos de sentido y de existencia; su estudio será provechoso *en tanto en cuanto haya opuesto los términos que había que oponer*; y si no, no lo será, y esto en un sentido no trivial: a saber, el hecho del que se ocupa no existe literalmente más que en presencia de hechos oponibles.*

[...] parece que la ciencia del lenguaje esté situada aparte: porque los objetos que tiene delante no tienen jamás realidad *en sí mismos*, o *aparte* de los otros objetos que se han de considerar; no tienen absolutamente ningún substrato de existencia fuera de *su diferencia* o DE LAS diferencias de toda clase que la mente puede unir a LA *diferencia* fundamental (pero cuya diferencia recíproca constituye toda la existencia de cada uno de ellos): pero sin que se salga por ninguna parte de este dato fundamentalmente negativo para siempre de la DIFERENCIA de dos términos, y no de las propiedades de un término.

Cada vez que en una rama cualquier de la lingüística, partiendo de un punto de vista cualquiera, un autor se ha dedicado a disertar sobre un objeto de “fonética”, de “morfología”, de sintaxis determinado —por ejemplo la existencia de una distinción gramatical de femenino en indoeuropeo, o bien la presencia de una *n* cacuminal en sánscrito—, significa que ha querido estudiar cierto sector de hechos *negativos* y desprovistos en sí mismo de sentido y de existencia; su estudio será

* La traducción de este párrafo es nuestra.

provechoso *en tanto en cuanto haya opuesto los términos que había que oponer*; y si no, no lo será, y esto en un sentido no trivial: a saber, el hecho del que se ocupa no existe literalmente más que en presencia de hechos oponibles.

22b. [XVIII] En la lengua no hay *signos* ni *significaciones* sino DIFERENCIAS de signos y DIFERENCIAS de significaciones; las cuales 1° no existen más que unas gracias a otras (en los dos sentidos) y por lo tanto son inseparables y solidarias; pero que 2° nunca llegan a corresponderse directamente.

De ello se puede concluir inmediatamente: que todo, y en ambos ámbitos (por lo demás, inseparables), es NEGATIVO en la lengua, que descansa en una oposición *complicada*, pero únicamente en una oposición sin que sea necesaria la intervención de ninguna clase de dato positivo.

El principio de la negatividad de los signos o de las significaciones (que es enteramente lo mismo en cuanto asimilamos la solidaridad afirmada más arriba) se comprueba ya en los sustratos más elementales del lenguaje.

[...] persistimos en decir que la lengua en su esencia no se alimenta más que de oposiciones, de un conjunto de valores completamente negativos y que solamente existen por mutuo contraste.

23. [XIX] Corolario [Significación-Sentido] —No hay diferencia entre el sentido propio y el sentido figurado de las palabras (o: las palabras no tienen ni sentido figurado ni propio), porque su sentido es eminentemente negativo.

24. La lengua, por lo tanto, consiste en la correlación de dos series de hechos

1° en que cada uno de ellos sólo consiste en oposiciones negativas o en *diferencias*, y no en términos que ofrezcan una negatividad en sí mismos.

2° en que cada uno no existe, en su propia negatividad, más que porque a cada instante una diferencia del primer orden viene a incorporarse a una diferencia del segundo, e inversamente.

25. [XXI] Sobre la negatividad de la sinonimia —Ya no hay nada en *sol* nada de *sol* excepto la oposición con la idea de *sombra*; y la propia idea de *sombra* no es más que la negación combinada de la de *luz*, *noche perfecta*, *penumbra*, etcétera, unida a la negación de la cosa iluminada en relación con el espacio oscurecido, etcétera.

[...] una multitud de idiomas expresarán mediante términos completamente diferentes de los nuestros los mismos hechos en los que nosotros hacemos intervenir el término *luna*, que expresen por ejemplo mediante una primera palabra la luna en sus fases mensuales, con una segunda, la luna como astro diferente del sol, con una tercera, la luna por oposición a las estrellas, con una cuarta, la luna como antorcha de la noche, con una quinta, el claro de luna por oposición a la propia luna, etcétera. Y cada una de estas palabras sigue sin tener valor más que por la posición negativa que ocupa en relación con otras: en ningún momento es una idea positiva, correcta o errónea, de lo que es la luna lo que dicta la distribución de las nociones entre los diez o doce términos lo que fuerza a unir cada idea o al primero o al segundo, o a los dos por oposición al tercero y así sucesivamente, sin otro dato que la elección negativa que se ha de hacer entre términos, sin ninguna concentración de la idea diversa del objeto único. De modo que no hay nunca nada más en *esa palabra* que lo que previamente no existía *fuera de ella*; y esa palabra puede contener y encierra en germen todo lo que no está fuera de ella.

26. Dicho de otro modo: si una palabra no evoca la idea de un objeto material, no hay nada absolutamente que pueda precisar su sentido que no sea por vía negativa.

Si por el contrario dicha palabra se refiere a un objeto material, se podría decir que la esencia misma del objeto es de naturaleza tal que puede dar a la palabra una significación positiva. En ese caso no es cosa del lingüista predicar que sólo conocemos un objeto por la idea que nos hacemos de él y por las comparaciones correctas o erróneas que establecemos: en realidad, no conozco ningún objeto a cuya denominación no se añadan

una o varias ideas, llamadas accesorias, pero en el fondo tan importantes como la idea principal, esto es, el objeto en cuestión, ya se trate del *Sol*, del *Agua*, del *Aire*, del *Árbol*, de la *Mujer*, de la *Luz*, etcétera. De tal modo que en realidad todas estas denominaciones son igualmente negativas, no significan nada más que en relación con las ideas puestas en otros términos (igualmente negativos), no tienen en ningún momento la pretensión de aplicarse a un objeto definido en sí, no se enfrentan en realidad a ese objeto, cuando existe, más que *oblicuamente*, a través y en nombre de tal o cual idea particular de lo que se derivará (expresándolo *grosso modo*), puesto que tomamos momentáneamente ese hecho exterior como base de la palabra 1° que será necesario cambiar continuamente de término para referirse al mismo objeto, llamar por ejemplo a la luz “claridad”, “resplandor”, “iluminación”, etcétera, 2° que el nombre del mismo objeto servirá para muchos otros: así, *la luz de la historia*, *las luces de una asamblea de sabios*. En este último caso, se considera que un nuevo sentido (llamado *figurado*) ha aparecido: esta convicción parte puramente de una significación absoluta que se aplica a un objeto determinado; es esta presunción lo que combatimos. Desde el primer momento la palabra no se enfrenta al objeto material más que según una idea que es a la vez perfectamente insuficiente si se la considera relativamente a ese objeto e infinitamente amplia si se la considera fuera del objeto: idea desde el comienzo negativa.

En fin, apenas necesitamos decir que la diferencia de términos que constituye el sistema de una lengua no corresponde en modo alguno, aunque se trate de la lengua más perfecta, a las relaciones auténticas entre las cosas; y, en consecuencia, no hay ninguna razón para esperar que los términos se apliquen completamente, y ni siquiera incompletamente, a objetos definidos, materiales u otros.

[...] de modo que en ningún momento la impresión que produce un objeto material tiene el poder de crear una sola categoría lingüística; no existen nunca, por lo tanto, más que términos

negativos en cada uno de los cuales el objeto nuevo es abarcado de modo incompleto al tiempo que queda dislocado en varios términos.

27. De la esencia [XXIII] [Observaciones adicionales] —Sea cual sea el punto de vista desde el que se la considere, la lengua no consiste en un conjunto de valores *positivos* y *absolutos* sino en un conjunto de valores *negativos* o de valores *relativos* que no tienen existencia más que por el hecho de oponerse.

Por lo tanto, ningún signo está limitado en la suma de ideas posibles que puede albergar sólo en un mismo momento; sólo está limitado negativamente por la presencia simultánea de otros signos; y por lo tanto es vano buscar cuál es la suma de las significaciones de una palabra.

Otra manifestación flagrante de la acción totalmente negativa de los signos, manteniéndonos en el orden de la sinonimia, viene dada por el uso figurado de las palabras (aunque en el fondo sea imposible distinguir nunca el uso figurado del uso directo).

Así, si la idea positiva de suplicio fuera la auténtica base de suplicio, sería totalmente imposible hablar, por ejemplo, “del suplicio de llevar unos guantes demasiado estrechos”, lo que no tiene la más mínima relación con los espantos del suplicio de la parrilla y de la rueda. Se dirá: es que eso es precisamente lo propio de la locución figurada. Muy bien. Tomemos entonces una palabra que represente, en suma, en su sentido directo un conjunto de hechos enteramente semejante al que representa *suplicio*.

Vemos pues que no es en modo alguno la idea positiva contenida en *suplicio* y *martirio*, sino el hecho negativo de su oposición el que establece toda la serie de sus usos y permite cualquiera con tal de que no se interponga en el ámbito vecino.

Incluso cuando se trata de designaciones muy precisas como *rey*, *obispo*, *mujer*, *perro*, la noción completa envuelta en la palabra sólo resulta de la coexistencia de otros términos; el *rey* no es lo mismo que el *rey* si existe un *emperador*, o un *papa*, si

existen *repúblicas*, si existen vasallos, *duques*, etcétera; el *perro* no es lo mismo que el *perro*, si se opone especialmente a *caballo*, considerándolo un animal imprudente e innoble, como ocurría entre los griegos, o si se opone especialmente a la fiera a la que ataca, considerándolo un modelo de intrepidez y fidelidad a su deber, como era el caso entre los celtas. El conjunto de las ideas reunidas tras cada uno de estos términos corresponderá siempre a la suma de las que se excluyen en otros términos y no corresponden a nada más.

(Corolario.) —No hay diferencia entre el sentido propio y el sentido figurado de las palabras— porque el sentido de las palabras es algo esencialmente negativo.

(Proposición x.) Considerada desde cualquier punto de vista que quiera tener en cuenta su esencia, la lengua consiste, no en un sistema de valores absolutos y positivos, sino en un sistema de valores relativos y negativos.

Toda clase de uso que no caiga en el radio de otra palabra es, no solamente parte integrante, sino parte constitutiva del sentido de esa palabra, y esa palabra no tiene en realidad otro sentido que la suma de los sentidos no requeridos.

28. [XXIV] Índice —SER. Nada *es*, al menos nada *es* absolutamente (en el ámbito lingüístico). Ningún término, aun suponiendo que sea perfectamente exacto, es aplicable fuera de una esfera determinada.